

DOMINGO XXXI DEL TIEMPO ORDINARIO (C)
Homilía del P. Carles M. Gri, monje de Montserrat
4 de noviembre de 2007
Lc 19,1-10

Queridos hermanos y hermanas: las lecturas de hoy tienen como idea central el amor de Dios, que nos llama a la plenitud de la vida cristiana. Es el mensaje que san Pablo anunciaba a la comunidad de Tesalónica, leído en la segunda lectura.

Este amor de Dios que nos llama es al mismo tiempo un amor misericordioso, suave, profundo y omnipotente. Dios se complace en su creación: *Ama entrañablemente todo lo que él ha creado* (Ps. 144). Todos nosotros, pues, somos objeto de su amor. Hasta su misma reprensión es siempre un llamamiento paternal a retornar al camino de la auténtica felicidad, que solamente se encuentra en la amistad con el Dios de la Alianza.

Esta doctrina general del libro de la Sabiduría, leída en la primera lectura, la contemplamos encarnada en el pasaje evangélico de Zaqueo. Este publicano era rechazado y marginado. Se le negaba *el pan y la sal* del amor fraterno. Vivía en soledad, vivía, por lo tanto, en la tristeza. Sin embargo, Jesús le abre su corazón. Alza los ojos, se lo mira con ternura, lo llama por su nombre y le demuestra confianza y amor: *Zaqueo, baja enseguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa*. Zaqueo experimenta la caridad del Maestro. Su espíritu queda desbloqueado. Una oleada de gozo viste de fiesta su ser. La vida renace en su interior y le da la plenitud de la comunión y del amor fraterno. La generosidad es el fruto espontáneo de este descubrimiento maravilloso. Su restitución del cuádruplo sobrepasa en mucho lo que la ley estricta obligaba. Ha encontrado a Jesús, ha encontrado a Dios, tiene *el tesoro escondido y la perla fina*, ¿por qué, pues, guardar egoístamente las riquezas?

Hermanos, hermanas, nos convertiremos verdaderamente en cristianos, en la medida en que dejamos reposar la mirada clara y amorosa de Jesús en nuestro interior. Solamente esta mirada divina puede fundir nuestro miedo, nuestra envidia, nuestra agresividad, nuestra lujuria, nuestro pecado. Solamente ella, pues, nos puede transformar en hombres nuevos, capaces de anunciar eficazmente el mensaje del Evangelio, ya que solamente puede dar la luz, el que se ha convertido en luz; solamente puede dar la verdad, el que se ha convertido en verdad; solamente puede dar amor, el que se ha convertido en amor.

El ejemplo de María y de los Santos nos demuestra que este ideal no es utópico, porque ellos lo han sabido encarnar en sus biografías concretas. Animados, pues, por su ejemplo, y confiados en su intercesión, dispongámonos a seguir con jubilosa generosidad sus huellas.

¡Así sea!